

RENUNCIA Y DE ANTONIO SEGNI

Armando Chumaceiro Ch.

El 6 de diciembre de 1964, Antonio Segni dejó de ser Presidente de la República Italiana. Larga y penosa enfermedad constriñó al gran caballero sardo a dejar vacante la máxima representación del Estado. Unánime ha sido el pesar de la opinión pública, tanto dentro como fuera de su patria. Segni, sin lugar a dudas, junto con De Gásperi, Sturzo y Vanoni, es uno de los grandes exponentes de la Italia post-bélica, y, con Adenauer, Schumann y el mismo Alcide De Gásperi, uno de los pilares de la idea y práctica de la Reconstrucción Europea. Muy conocida entre nosotros, en la América Latina, es la figura del político y, sobre todo, del jurista Antonio Segni, pero me atrevería a afirmar que el valor humano de esta noble y grande personalidad no es apreciado por todos en su justa dimensión. En efecto, no se trata simplemente de un destacado político y un competente Profesor de Leyes, sino de un hombre excepcional, cuya vida es reflejo, unas veces como desinteresado y dedicado protagonista, otras veces como adolorido y silencioso testigo, de los grandes problemas de la Italia del siglo XX.

Antonio Segni nació en Sassari, en la isla de Cerdeña, el 2 de febrero de 1891, hijo de un profesor universitario de Economía Política, miembro de una gran familia de agricultores. A la edad de 22 años se doctora en Jurisprudencia. Entre las diversas disciplinas jurídicas escoge como especialidad el Derecho Procesal Civil, materia en la cual llegaría a sobresalir en el ambiente universitario italiano. Luego de la primera guerra mundial comienza su carrera docente y su figuración activa en la política. Vence el concurso para la cátedra de Derecho Procesal en la Universidad de

Perugia, y en 1922 se inscribe en el partido popular de Don Luigi Sturzo. En 1924 es candidato a la Cámara de Diputados, pero esta su primera experiencia directa en el Parlamento se cerrará con una desilusión. Después del famoso "Delito Matteotti", el entonces joven profesor Segni se retira de la vida pública y, antifascista convencido, comienza un largo período de silencioso retiro que se concluirá en 1943. Retirado de la vida política, dedica todas sus energías a la docencia universitaria. De la Universidad de Perugia pasa a la de Pavía, donde permaneció hasta 1931, enseñando siempre la materia que, al decir de un cronista, tanto asemeja su carácter, "frío y exacto". De la Universidad de Sassari fue "Rector Magnífico" durante cinco años, y en 1953 obtiene en la Universidad de Roma la cátedra que fuera de su maestro el incomparable Giuseppe Chiovenda. Diez años antes, a instancias de De Gásperi, había organizado a los católicos sardos en partido político, que primero llamó "social-cristiano" y luego incorporó a la recién organizada Democracia Cristiana. Renaciente en Italia la vida democrática, es elegido a la Asamblea Constituyente, y por tres períodos sucesivos, de 1948 a 1962, a la Cámara de Diputados. En los Gobiernos de Bonomi, Parri y De Gásperi ocupa la sub-secretaría de Agricultura, hasta que en 1946 se encarga como titular de la cartera, donde permanecerá hasta 1951. Es precisamente en este Ministerio donde realiza su primera acción política de gran importancia, la Reforma Agraria. Una Reforma Agraria apasionadamente elaborada y defendida, una ley que al propietario Segni haría perder unas cuantas hectáreas como consecuencia de la Reforma Segni. Luego de la Reforma Agraria, dos veces Ministro de Educación, Ministro de la Defensa, del Interior, tres veces Ministro del Exterior y dos veces Primer Ministro. Su labor como Canciller se deja sentir particularmente en el campo de la lucha por la unificación europea. Junto con Churchill, Adenauer y De Gásperi, detenta el premio "Carlomagno", honor conferido a quienes contribuyen de manera decisiva a la causa de la unidad de Europa. El 6 de mayo de 1962, cuando contaba 71 años, es elegido Presidente de la República, cargo al cual renunciará habiendo servido sólo dos años del período de siete. Por man-

SUCESION

dato de la Constitución es, desde su renuncia, senador vitalicio. Enfermo y parcialmente incapacitado como está, quizás puede decirse que la carrera política de Antonio Segni ha terminado, al menos en sus manifestaciones más combativas, pero ciertamente que el recuerdo de ese gran ejemplo que fueran su vida y su obra, la huella de su sacrificio desinteresado por la causa cristiana, la patria y la juventud universitaria, permanecerán imborrables y ocupando sitio de honor en la Historia de Italia y en el corazón de sus conciudadanos.

II) Con la renuncia de Segni se da comienzo a lo que un periodista llamó "La Batalla del Quirinal", y un periódico francés, en forma exageradamente despectiva, "El Maratón Electoral de Montecitorio". Casi como si lo hubiere presentado, Segni, en su acto de renuncia, formula un dramático llamado a la concordia y la serenidad en la elección del nuevo Presidente, teniendo seguramente vivas en su memoria las duramente polémicas nueve votaciones que se necesitaron para elegirlo tercer Presidente Constitucional de la República Italiana. Pero luego de los cordiales buenos deseos que la urbanidad obligaba a enviar al anciano renunciante, las Direcciones de los partidos se aprestan decididamente a la batalla, a sabiendas que, desde la formación de la República, no ha habido elección de Presidente sin encendido, y a veces largo, combate. Solamente la elección de Enrico de Nicola como Presidente Provisional carece de dicho tono, hecha en época de unidad circunstancial de las fracciones y siendo determinante la misma provisionalidad de su mandato. En efecto, una elección de Presidente en Italia conmueve todo, hasta la disciplina interna de los partidos. En 1948, una rebelión dirigida por el entonces diputado, y hoy sacerdote, Giuseppe Dossetti, frustra la candidatura del ministro Sforza, y con la ayuda de liberales y social-demócratas, a la cuarta votación, consigue el triunfo de Luigi Einaudi, primer Presidente Constitucional. Se sienta así lo que luego iría a ser la constante de las subsiguientes elecciones presidenciales: es la disidencia de ciertos grupos de la DC la que hace o deshace candidaturas, y no la escogencia de tal o cual individuo como candidato oficial del partido. En 1955 hay de nuevo una rebelión interna en el seno de la DC, esta vez haciendo posible el triunfo de la candidatura de Giovanni Gronchi frente a la semi-oficial de Césare Merzagora, a la cuarta votación y con la proporción de votos más alta hasta ahora registrada en cualquier elección. Siguiendo aquello de que la excepción confirma la regla, en 1962, gracias a la paciencia de Moro y la tenacidad del propio candidato, el partido mayoritario elige a Antonio Segni frente a la candidatura opuesta de Saragat y la rebeldía de la corriente "fanfaniana", que no votaba por un candidato determinado. Llegamos así a la elección del cuarto Presidente Constitucional.

El organismo elector es el mismo de las anteriores votaciones, sólo el número de sus componentes ha aumentado. En la "Asamblea Nacional", como se le llama comúnmente, participan 964 electores: 321 senadores (6 de ellos senadores vitalicios), 630 diputados y 13 representantes de las cinco regiones "a estatuto especial" (tres por cada una, a excepción de la región del Valle de Aosta, que sólo tiene derecho a uno). El candidato a elegir, cualquier ciudadano italiano mayor de 50 años. Mayoría de dos tercios en las tres primeras votaciones, 643 votos, y mayoría absoluta de votos en las siguientes, 485. Empiezan a perfilarse las candidaturas. La llamada "Izquierda Democrática laica", parte activa del Gobierno de Centro-Izquierda, por iniciativa del Partido Republicano, presenta la candidatura del Ministro del Exterior y Jefe del Partido Socialista Democrático, Saragat, calificándola, inoportuna e indelicadamente, de "candidatura laica". Una fracción de la DC, la antigua corriente "Base", insiste en que el candidato del partido sea un exponente de la política actual, de la filosofía que respalda la actual fórmula de Gobierno, sea demo-cristiano o no. Pero la Democracia Cristiana, en sesión interna, y luego de una elección cuyos resultados permanecen oficialmente secretos, lanza como candidato al jurista Giovanni Leone, por ocho años presidente de la Cámara Baja y una vez primer ministro. Aparentemente, según "indiscreciones" filtradas a la prensa, en dicha elección, en la que participaron solamente los diputados y senadores demo-cristianos, compitieron, además de Leone, Fanfani, el ex-premier Scelba y el distinguido sindicalista católico Mario Pastora, ministro para el desarrollo del Sur. Pero Leone parece haberse impuesto por mayoría absoluta.

Del 16 al 17 de diciembre se celebraron las tres primeras votaciones. Con resultados nulos, tal como había sido previsto. Los grupos que habían presentado candidaturas oficiales votan por ellas (candidaturas presentadas internamente, se entiende, pues en las sesiones de la Asamblea Nacional no está previsto ningún procedimiento de postulación). Comunistas, liberales, neo-fascistas y social-proletarios, el partido que se formó a raíz de la última división socialista, votan simbólicamente por candidatos propios, en espera de que se aclaren las cosas y sus propios votos lleguen a tener un peso determinante: Terracini, De Martino, De Marsanich y Malagugini, respectivamente. Sin embargo, estas tres votaciones dan evidencia de un hecho desconcertante: el candidato Leone no está obteniendo todos los votos de su partido. Hay de nuevo una rebelión interna, esta vez más evidente, mejor organizada. Por Leone no votan los "Basistas", ni los partidarios de Fanfani, este último dedicado a la espectacular pero poco eficaz táctica del "ascenso progresivo". No presenta desde la primera votación el total de sus votos, sino que aumenta poco a poco, de vota-

ción en votación, hasta registrar 132, con la ayuda de los votos social-proletarios. No logrando progresos extraordinarios, no habiendo convencido a la Dirección de su partido de la conveniencia de su candidatura, pero ciertamente desinflando la candidatura Leone, se retira a la décima votación. Con anterioridad, Saragat, quien no superaba los 140 votos, se había retirado a la séptima. En la décima votación hace su aparición la candidatura de Pietro Nenni, vice-primer ministro y jefe socialista, apoyada en un principio solamente por su partido, iniciándose con apenas 96 votos, pero llegando a obtener un máximo de 385, gracias al apoyo comunista.

El 24 de diciembre, después de quince votaciones, un hecho sorprendente abre nuevas perspectivas. Leone presenta su renuncia. Ni siquiera con el apoyo del partido liberal llegó a superar los 406 votos, muy por debajo de la mayoría requerida. La situación, al interno de la DC, se hace tensa. Se toman las primeras medidas disciplinarias. Los diputados "Basistas" Donat-Cattin y De Mita son suspendidos por un año y seis meses, respectivamente. La mayor parte de la Democracia Cristiana comienza a votar en blanco. El impase electoral es evidente. Surge entonces nuevamente la candidatura del ministro Saragat, a partir

de la décimoctava votación, esta vez presentado por la DC y el Partido Socialista Democrático. Hasta el vigésimo escrutinio, que se celebra el 28 de diciembre, en horas de la mañana, compiten abiertamente Saragat y Nenni, pero ya la solución estaba próxima. Antes de la vigésimaprimer votación renuncia Nenni y se forma alrededor de Saragat una coalición parecida a la que eligió a Gronchi en 1955. Saragat obtiene 646 votos, la segunda mayor proporción después de la mayoría que hizo posible la victoria de Gronchi. Solamente liberales, neo-fascistas, monárquicos y social-proletarios no votan a su favor.

Se concluye así la larga "Batalla del Quirinal". Veintiún votaciones que superaron claramente el record italiano de nueve, y el europeo de catorce que se necesitaron para elegir a Cotty Presidente de Francia. Cercano el Año Nuevo, llegó el Presidente que se daba por seguro para antes de Navidad. Giuseppe Saragat, el segundo piemontés, luego de Luigi Einaudi, que es elegido Presidente. Demócrata ciento por ciento, su vida es expresión de una de las más nobles manifestaciones de la gesta política italiana, la Resistencia al fascismo.

Milán, enero de 1965.

CUADRO SINTETICO DE LOS RESULTADOS ELECTORALES

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21		
LEONE:	319	304	298	290	294	278	313	312	305	299	382	401	393	406	386	—	—	—	—	—	—		
FANFANI:	18	53	71	117	122	129	132	132	128	129	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—		
SARAGAT:	140	138	137	138	140	133	138	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	311	342	323	646
NENNI:	—	—	—	—	—	—	—	—	—	96	98	104	351	353	351	349	346	380	377	385	—	—	—

Nota: Se excluyen los sufragios obtenidos por Terracini, De Martino, De Marsanich, Malagugini y Pastore.

La celebración de la Palabra y de la Eucaristía

Paulo VI ha dicho con santo atrevimiento que "la celebración de la Palabra (tanto en la Santa Biblia como en la catequesis y homilía) ofrece el exacto y misterioso centro de la celebración sacramental" en la Santa Misa. (Alocución del 13 de enero, 1965.)

Ya desde la antigüedad el pueblo de Dios, Israel, se reunía los sábados —Día de Dios— en asambleas para leer la Palabra de Dios en la Biblia, escuchar la palabra de los profetas y de los maestros en la Ley y orar en comunidad.

También desde el principio el nuevo pueblo de Israel, la familia de Cristo, solía reunirse los domingos —Día del Señor, Cristo— para escuchar la palabra de Dios en la Santa Biblia, particularmente en el Nuevo Testamento, escuchar la palabra de la Iglesia por medio de la predicación del Obispo o del

sacerdote, orar en común y celebrar la Eucaristía, proclamando la muerte, resurrección y gloria del Señor Jesús hasta que vuelva triunfante (1 Cor. 11, 26).

De allí salía el pueblo de Dios, "nación santa, pueblo escogido, sacerdocio real", enardecido por el Espíritu Santo, para publicar las grandezas del Señor (1 Pedro, 1, 9) y dar testimonio de buenas obras delante de los hombres, sus hermanos.

La Santa Biblia es la carta de Dios a los que formamos la familia de Cristo su Hijo y nuestro hermano mayor. Por eso, tras su lectura y la oración de la familia, de los hermanos, se realiza el sagrado misterio de la Eucaristía.

"Nosotros, los cristianos, escribía San Jerónimo, nos alimentamos con la carne de Cristo y bebemos su sangre, no so-

lamente en el misterio de la Eucaristía, sino también leyendo las Escrituras."

Un pueblo de Dios renovado

Dios Padre ha querido, en este su hoy providencial, renovar la Santa Iglesia Católica, obra amada de su Hijo, su prolongación en la tierra, su esposa virginal y hermoseedada por su bendita sangre. No ha sido infiel la Iglesia a su Esposo, el Señor Cristo, pero quiere embellecer su rostro para agradecerle más y atraer a Él a los hombres, que Le desconocen o Le buscan donde no está. Nosotros, los hijos de la casa, sí que necesitamos renovación.

Y en esta renovación ocupa el primer lugar el culto sagrado, especialmente el acto central del culto cristiano: el santo sacrificio del Altar.

Ofuscados por la neblina de las muchas devociones, muchos católicos han perdido de vista el sitio relevante de la Palabra de Dios en el culto, y más aún han podido olvidar que el centro de todo nuestro culto, el mediador con Dios Padre, es Cristo. Él es el camino, la verdad y la vida. Él es quien en la Iglesia, particularmente en la asamblea dominical, continúa predicando su Evangelio, quien viene a nosotros en los Sacramentos, quien congrega a su pueblo para llevarlo a su Padre y nuestro Padre.

En torno a Él quiere la Iglesia renovarse y renovar su culto. Él está presente, anunciándonos sin interrupción su Evangelio en la Santa Biblia y en la enseñanza de la Iglesia que la interpreta; en la oración del pueblo cristiano reunido en asamblea en su nombre; en la Eucaristía y en la vida cristiana de sus hermanos, reproducción de la suya propia, que manifiesta la fe de los hombres en Él y prolonga su testimonio de glorificación al Padre.

La Santa Biblia, Palabra de Dios

La Santa Biblia es la palabra de Dios viva y eficaz. Por ella Él nos continúa hablando. Por eso se lee la Santa Biblia en nuestras asambleas, particularmente en la Santa Misa. San Agustín resumió el sentir de los Padres y doctores de la Iglesia al decir que la Biblia era el libro de la iglesia, de la familia, y que sólo dentro de ella, en familia, se le podía entender bien. Si no conocemos la Biblia y los hechos de salvación narrados en ella, ¿cómo conoceremos al Señor y podremos participar de veras en el culto cristiano?

Un día el Padre, que está en los cielos, nos habló por su Hijo y nuestro Salvador, Cristo, hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros. Los apóstoles, testigos de lo que dijo e hizo el Señor, anunciaron la buena nueva del Evangelio, cuya transmisión confiaron a la Iglesia.

Hoy sigue hablándonos Cristo en la Santa Misa y en ella aún predicando su mensaje los apóstoles. Cristo se dirige a nosotros en ella, en plena asamblea, cuando se leen los libros sagrados. Y como en su vida, en la sinagoga de Nazaret, nos repite: "Hoy se realiza la promesa y se os anuncia el Evangelio." (Lucas, 4, 16 sgs.)

Veamos qué nos dice el Concilio Vaticano II en su Constitución litúrgica, sobre la Biblia en la Misa:

"Cristo está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla." (Constitución sobre la Liturgia, cap. 1, a. 7.)

"En la celebración litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía; y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos. Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada liturgia, hay que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura, que atestigua la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales." (Cap. III, a. 24)

"Aunque la sagrada Liturgia sea principalmente culto de la Divina Majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando su Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración."

"Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la liturgia de la palabra y la Eucaristía, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto."

Para que los fieles no asistan al misterio de la fe como extraños y mudos espectadores, sino que participen activa y conscientemente en el sacrificio de Cristo en el altar, quiere la Iglesia que "sean instruidos con la palabra de Dios", y "para que la mesa de la palabra de Dios se prepare con más abundancia para ellos, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura".

La misma homilía o predicación de la Santa Misa tiene que basarse en los textos de los libros sagrados, sobre todo del Nuevo Testamento, y a la luz de la palabra de Dios, la Iglesia, por medio del sacerdote, instruye a los fieles en los misterios de la fe e imparte las normas de vida cristiana.

La celebración de la Palabra, fuera de la misa

La falta de sacerdotes, la lejanía de los lugares u otras razones de verdadera conveniencia, como el bien espiritual de los fieles, impulsan a la Iglesia a fomentar las celebraciones de la palabra de Dios, particularmente en las vísperas de las grandes festividades, en los tiempos santos del adviento y Cuaresma y los domingos y días festivos, cuando no puede un sacerdote celebrar la Santa Misa. (Constitución litúrgica, cap. I, art. 35, n. 4.)

Una instrucción de la Congregación de Ritos, que establece normas para la recta aplicación de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, enmarca así estas celebraciones de la Palabra:

"En los lugares donde no haya sacerdotes y no se pueda celebrar la misa, organícese los domingos y días de fiesta, a juicio del ordinario (Obispo), una sagrada celebración de la Palabra de Dios, presidida por un diácono o incluso por un seglar, especialmente delegado.

La estructura de esta celebración será semejante a la de la liturgia de la Palabra en la misa. Normalmente se leerán en lengua del pueblo la Epístola y el Evangelio de la misa del día, intercalando cantos tomados preferentemente de los salmos...

Al ordenar las distintas lecturas, la del Antiguo Testamento precederá normalmente a la del Nuevo y la lectura del Santo Evangelio será como la cima de la celebración, de suerte que se vea claramente el sucederse de la Historia de la Salvación."

No basta la celebración de la Palabra de Dios

Dios nos habla por medio de la Santa Biblia, interpretada por la Iglesia según el poder que Cristo le confió. Pero no basta escuchar atentamente al Señor que habla, pues Él quiere que se entable el diálogo. Por eso es necesaria la oración en nuestras asambleas. El pueblo pide perdón al Padre de sus ofensas, implora su piedad, le agradece sus beneficios, proclama su bondad y su grandeza, con Cristo y por Cristo intercede por los hombres para que vean y acepten la luz del Evangelio.

NI bastaría la Palabra y la Oración cuando el Señor quiere que participemos del banquete de su carne y sangre, en el que el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera.

Y nuestra liturgia quedaría incompleta, a pesar de la celebración de la Palabra, de la instrucción catequística, de la oración y aun del sacrificio del altar y de la comunión, si quedara encerrada en la iglesia, en la asamblea dominical. Debe producir en nosotros una fervorosa conversión al Señor, una asimilación a su Vida. Cristiano quiere decir hombre de Cristo, testigo de Cristo. Se construye la Iglesia fuera de las iglesias. Debemos dar testimonio de Cristo por una vida limpia, rebosante de gracia, por una fe ardiente, por la eficacia de nuestra caridad. Cada uno de nosotros, al abandonar la asamblea dominical, debemos ser una misa viva un Evangelio palpitante de vida, otro Cristo. Así podremos decir que la Palabra de Dios ha sido eficaz en nosotros y poderosa su Eucaristía, y los misterios de Cristo no han sido inútiles para nosotros y la salvación del mundo.